

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

EL PRECIO DEL ENCUENTRO

El último acto público del Papa Juan Pablo II en su visita a México fue el llamado "Encuentro con los intelectuales y el mundo de la cultura". La generosa amplitud de esta frase cubrió bajo su manto a un puñado de intelectuales, unos cuantos artistas y una mayoría mixta compuesta por lo que podría llamarse la burocracia escolar privada. Después de una semana de manifestaciones masivas, de multitudes innumerables en avenidas, plazas y carreteras abarrotadas por los cientos de miles de personas que saludaron con piadoso entusiasmo el espectáculo del Papa, no fue nada extraño que esta reunión de lo que la iglesia mexicana considera que son los intelectuales se iniciara —más visceral que intelectualmente— con porras, coros, ovaciones, aplausos, gritos de "Viva Cristo Rey, Viva la Virgen de Guadalupe", atropellos y manos tendidas en busca de una bendición, trivializando el acto y distrayéndonos de la solemnidad de la ocasión. Hubo que llegar muchas horas antes para encontrar un lugar decoroso. Los pocos intelectuales que iban apreciando en el vasto patio cubierto de la Biblioteca México no tuvieron que esforzarse y sobreponerse a su timidez para saludar a todo mundo porque la concurrencia la conformó una multitud unánime de gente decente, propietarios de escuelas privadas, benefactores escolares que irradiaban la satisfacción de haber sido elegidos para acceder a esa ecuménica Arca de Noé de la Ilustración católica. La alocución de Don Silvio Zavala acerca de las raíces históricas que en México tiene la defensa de los derechos humanos fue oportuna y tuvo la elegancia de la brevedad. Juan Pablo II leyó a continuación unas páginas donde se destacaba la necesidad de que los intelectuales mexicanos y latinoamericanos encuentren formas de desarrollo político y cultural apropiados para estos países. La Iglesia —sostuvo poco más o menos— necesita de la cultura como la cultura de la Iglesia. Desde esta óptica,

presentó una panorámica optimista acerca de las relaciones edificantes que han tenido Iglesia y cultura en México. Hizo también énfasis en la necesidad de reconocer al trabajo una dignidad que no siempre se le presta. Esta acotación, si bien lateral, confirma la práctica —si no la idea— de que en nuestros días el intelectual, amén de ser un creador, es sobre todo un trabajador —como indirectamente lo demostraban los contingentes invitados. Sin embargo, lo más interesante y auténtico fueron las palabras finales improvisadas por Juan Pablo II a modo de despedida: "México, dijo, está construido desde el corazón —y ésta es una gran riqueza". Esta sencilla frase que suscribieron desde el Conde de Keyserling hasta Alfonso Reyes y que fue pronunciada al borde de las inminencias *Golondrinas*, al borde de los adioses, de los pañuelos y de las manos en alto, fue en verdad —para este espectador— lo más valioso del encuentro con el hombre que durante una semana ocupó la atención de México. La frase, dirigida a los intelectuales y artistas ausentes tanto como a la intendencia escolar allí congregada, pareció más atinada que congruente con la circunstancia. ¿No es paradójico que el Papa invite a quienes trabajan con la cabeza —propia y ajena— a trabajar con el corazón? ¿Equivale esa invitación a un llamado a crear para las masas —en cuanto éstas, por definición, son incapaces de acceder al orden de la espiritualidad superior— o bien a crear como ellas? En cualquier caso, tal invitación arranca de una constatación que se puede verificar desde cualquier punto de vista: la cultura humanística e intelectual está dirigida en México a una minoría entre las minorías. Y si la Iglesia, en efecto, requiere de la cultura, es por la proverbial y real incultura que caracteriza a la Iglesia pobre de un país pobre. Si, por otra parte, la cultura precisa igualmente de la religión, ello significa, entre otras cosas, que los intelectuales y creadores laicos no siempre están conscientes del papel del arte y de la cultura en el contexto de una

nación con raíces tan marcadamente religiosas como la mexicana y con un futuro modernizado tan superficialmente laico y secularizado. El Papa, con su visita, nos reveló algo que ya sabíamos: México es un país con dos religiones que se confunden —como en el estandarte de Hidalgo— en un solo sentimiento gregario: nacionalismo y catolicismo, patriotismo guadalupano. El vigor y la intensidad de tales manifestaciones están sin duda relacionadas con la fuerza que lleva al surgimiento de los fundamentalismos en otras partes del mundo. Es explicable que, al decaer la liturgia del nacionalismo oficial y debilitarse la religión de Estado, las masas insumisas se vuelvan con avidez hacia la figura que encarna en la ciudad de Dios, incorrupta por la Historia, no mancillada en la imaginación popular por el ejercicio del poder. No hay duda, en todo caso, de que el Papa es el único o uno de los pocos que pueden caminar sobre el mar de las humanas aguas mexicanas, que pueden ordenarle a ese mar que se detenga para abrirle paso. Pero el Papa no sólo vino a dar al pueblo mexicano su bendición; llegó también a refrescar y reanimar la fe de éste. En ese sentido, el Papa vino a recibir para el Vaticano la bendición de nuestros pobres, la bendición del Cristo anónimo crucificado en México.

El encuentro de los intelectuales con el Papa no podía darse en realidad porque entre ellos se eleva la Iglesia —una iglesia ella también desgarrada por las luchas, cegada por las intolerancias. Por otro lado, en la medida en que los intelectuales mexicanos han sido mayoritariamente adictos a ese otro opio de los pueblos que es la opinión, están condenados a discutir sólo en la medida en que esta discusión les sea rentable en términos de frases ingeniosas y desplantes teatrales. Resulta entonces que, cualquiera que sea la razón, existe un foso infranqueable entre los intelectuales y la Iglesia, entre la masa mexicana y la escasa levadura espiritual laica que en ella prospera. Ese abismo no es un buen augurio. Garantiza que en México todavía

estarán divorciados durante mucho tiempo el progreso espiritual y el progreso material, la modernidad y los valores cristianos. Sólo una movilización tan asombrosa como la visita del Papa nos permite imaginar hasta qué punto es vasto el vacío espiritual que impone a nuestra gente la purga secularizadora, hasta qué punto está aislada de la tierra la cultura política moderna. En este horizonte de masas, la Religión del Libro aparece como una práctica de minorías dentro de las minorías. ¿Cuándo se volverá a llenar la Biblioteca México como este pasado sábado 12 de mayo, día de Nuestra Señora de los Desamparados? Ahora que la Nueva Evangelización puede transmitirse por TV, ¿se retirarán a la sombra los libros? Tal parece que en México la segunda muerte de Gutenberg condenará a sus hijos a vivir en las catacumbas.

ADOLFO CASTAÑÓN

LA EDICIÓN "PIRATA" CASTRISTA DE EL MONTE

Ha sido una desagradable sorpresa para mí el recibir la noticia de la publicación de mi libro *El Monte* por la Editorial Letras Cubanas, de La Habana. Ante la aparición de esta edición "pirata" deseo hacer las siguientes aclaraciones:

1. Nunca autoricé al gobierno cubano ni a ninguna casa editorial radicada en Cuba a publicar ninguno de mis libros. Es más, en repetidas ocasiones expresé mi rotunda negativa a diversos emisarios enviados por el gobierno cubano en los últimos años. Puedo mencionar específicamente a Manuel Moreno Fragnals y a Gerardo Mosquera. Recientemente también me visitó el escritor Pablo Armando Fernández, quien me informo acerca de una inminente edición cubana de mi libro. A él le reiteré que nunca había otorgado mi permiso para dicha impresión y le expresé mi desconcierto y desagrado.

2. La edición "pirata" cubana está siendo distribuida fuera de Cuba (tengo conocimiento de su venta en Nueva York y en México). Ello lesiona severamente mis intereses, puesto que compete con la edición autorizada que produce derechos de autor.

3. Recientemente he firmado un contrato con Icaria Editorial, de Barcelona, que ha adquirido los derechos exclusivos de edición de *El Monte* en lengua

española, con la excepción de los Estados Unidos, donde yo retengo el derecho de publicación.

4. Son mis intenciones el poner el caso en manos de mis abogados para que ellos hagan las reclamaciones pertinentes.

5. Este hecho pone en evidencia, una vez más, la total falta de escrúpulos de la comunidad "académica" cubana, que no vacila en hurtar hasta la propiedad intelectual de las obras literarias y artísticas si ello conviene a sus intereses particulares.

LYDIA CABRERA
Miami, Mayo, 1990

ADIÓS

Doblemente dolorosa por la manera abrupta en que ocurrió, hace pocas semanas, la muerte de Fernando Gamboa no sólo priva al país del primero de sus museógrafos, de uno de los más finos conocedores de su arte y uno de los más decididos impulsores de la cultura mexicana en el extranjero; nos deja además sin un artista de primer orden y, a quienes nos empeñamos en empresas como esta revista, sin un espíritu afín y un ejemplar compañero de aventuras. Fue un amigo de años y lamentamos su partida como la de uno de los nuestros.

Vuelta publicará

poemas de

Yehuda Amijí • Ulalume González de León
Eugenio Montejo • Valerio Magrelli • Aurelio Asiain
Alberto Blanco • Eduardo Mitre • Jaime García Terrés
Francisco Hernández • Antonio Marimón • José Luis Rivas
José Martín Carmona • Antonio Deltoro • Antonio Colinas
Fernando Fernández • Francisco Serrano • Octavio Armand

cuentos de

Slawomir Mrozek • Luigi Malerba • Tulio H. Demicheli
Jaime Moreno Villarreal • Carmen Leñero •

inéditos de

Salvador Díaz Mirón • José Juan Tablada

ensayos de

Václav Havel: *Historia de un enemigo público*
Lezek Kolakowski: *Incertidumbres de una era democrática*
Guillermo Cabrera Infante: *Capablanca*
Enrico Mario Santí: *La falsa apertura cubana*
Alexander Coleman: *La conspiración liberal*
Hugh Trevor Roper: *La caída de los imperios*
Teodoro González de León: *San Carlos*

ACUSE DE RECIBO

En *Vuelta* 135 (febrero de 1988), luego de citar *in extenso* el prólogo de Antonio Alatorre a su traducción de las *Heroidas*, en el que hay una muy justa crítica de la curiosamente nueva versión del mismo libro debida al profesor Tarcisio Herrera Zapién, escribí:

Siguiendo el ejemplo de Alatorre, ¿habrá quien alguna vez se ocupe en examinar las otras traducciones de la *Biblioteca* de escritores griegos y romanos de la UNAM (por ejemplo las del poeta Bonifaz Nuño, también traductor de alguna de las *Heroidas*, en su *Antología de la poesía latina* de la colección "Nuestros clásicos"), que responden a los mismos o muy parecidos criterios que ésta y otras de Herrera Zapién? ¿Por qué no el propio Alatorre, que sería uno de los pocos calificados para hacerlo?

Alatorre, que se tomó en serio la sugerencia, me ha hecho llegar ahora una copia de sus "Consideraciones sobre el arte de traducir", leídas en octubre de ese mismo año en El Colegio de Michoacán, en el coloquio "Lenguaje y tradición en México". Esas páginas, que no dejan de ser discutibles (por ejemplo, cuando suponen que las referencias mitológicas no son esenciales en "El desdichado" de Nerval y olvidan que tan enigmáticas eran para el lector de la época como lo son para nosotros), son un magnífico ejemplo de esa *crítica práctica* que tanta falta nos hace. Alatorre se ocupa en ellas, entre otras cosas, en comparar dos traducciones de las *Metamorfosis*: la de Diego Suárez de Figueroa, publicada en 1736, y la de Rubén Bonifaz Nuño, publicada en 1980, sobre las cuales escribe:

Salta a la vista la gran semejanza de estos dos textos. Se tiene la impresión de que no ha transcurrido el tiempo entre uno y otro, a pesar de los dos siglos y medio que los separan. Lo cual no quiere decir de ninguna manera que Bonifaz haya copiado a Suárez de Figueroa. Lo que pasa es que el método de uno y otro es exactamente el mismo. Los dos se han propuesto como ideal de traducción el máximo de literalidad, y en una traducción literal las posibilidades de divergencia quedan reducidas al mínimo. Si se pide traducir literalmente *I am waiting for him*, no cumple quien dice "Lo espero", o "Lo

estoy esperando", o "Estoy aguardándolo", sino quien dice "Estoy esperando por él" o, de manera más inglesa, "Yo estoy esperando por él" (cosas parecidas se dan en el que yo llamo "español Televisa"). De manera no distinta, si Ovidio dice *Nam iam discordia Tebae / bella mouent*, la traducción literal tiene que ser "Porque ya Tebas mueve discordes guerras", o un poco más latinamente, con verbo al final, "Pues ya Tebas discordes guerras mueve". (De hecho el plural *bella* no significa aquí 'guerras': se trata de una sola, la atroz guerra tebana; pero, dado el ideal de literalidad, traducir *guerra* sería traición, como lo sería emplear un verbo que no sea *mouere* y un adjetivo que no sea *discordes*; y poner en labios de Temis una frase española tan viva como la latina, pero hecha de palabras distintas, sería la traición máxima.) Si Ovidio dice *Capaneusque nisi ab Ioue uinci / baud poterit*, la traducción tiene que ser "y Capaneo no podrá ser vencido sino de Júpiter", o "por Jove". (Un traductor literal más intrépido diría "y Capaneo, si no por Jove, ser vencido no podrá".) Si Ovidio dice *attonitusque malis*, no queda sino traducir "atónito con los males" o "en los males" (al lector, si es listo, y sobre todo si sabe latín, le corresponde entender que el matricida quedará "espantado de su crimen"). Y si Ovidio dice *matris umbris*, forzosamente hay que traducir "sombras de (su) madre", de ninguna manera "la sombra de su madre", y muchísimo menos "el fantasma materno".

De ahí la gran semejanza que hay entre las dos versiones. Las dos están atadas sólidamente al latín. Las dos, por así decir, están escritas en un latín "transliterado" a español. Podemos entreverar cláusulas de una y otra [...] y el resultado es prácticamente el mismo.

A veces el campeón en literalidad es Suárez de Figueroa: "para sus infantes hijos" es más latín (*natis infantibus*) que "para sus hijos niños", y "será agitado" es más latín (*agitantur*) que "será hostigado". Pero, en la mayoría de los casos, es Bonifaz el más latinizante: él no dice "ruegos de su marido", como Suárez de Figueroa, sino "preces del varón" (*uiri precibus*); ni "habla de dar", sino "habría de tributar" (*tributuram*); ni "adivino", sino "vate" (*uates*); ni "esposa", sino "cónyuge" (*coniunx*); ni "el gran Júpiter" sino "el magno Jove" (*magno...Ioue*). Más aún, como en latín no hay artículos, él los omite en español, y así dice "hostigado por rostros de Euménides y sombras de

madre será", donde Suárez de Figueroa, con más claridad aunque con menos latinitad, dice "será agitado con los rostros de las Euménides y las sombras de su madre". El texto de Bonifaz es el menos traducido al español.

En resumen, las dos versiones, y particularmente la de Bonifaz, abundan en obstáculos de lectura que para el lector del texto latino no existen. El lector del texto latino no camina a tropezones, pues el discurso ovidiano es fluido, elegante, armonioso; es un latín espléndido. La traducción literal elimina programáticamente toda posibilidad de obtener un español espléndido. [...]

No he leído ningún comentario sobre la traducción de Bonifaz. Sobre la de Suárez de Figueroa he leído dos: una larga reseña, sumamente desfavorable, publicada en 1740 en el *Diario de los Literatos*, y un brevísimo comentario del P. Francisco Javier Alegre, que la califica de "muy cansada, como es preciso que lo sea toda traducción literal de cualquier poeta hecha para instruir la juventud" (nota a su versión del *Arte Poética* de Boileau). Yo estoy muy dispuesto a reconocer en la traducción de Bonifaz, tan "cansada", tan ardua de leer, esta utilidad pedagógica. Más que como traslado del latín al español —puesto que carece de la fluidez que esperamos de un discurso poético en español—, puede funcionar en sentido inverso, ayudándole al aprendiz de latín a meterse en el texto original; puede funcionar como complemento de la gramática y del diccionario: en el texto de Bonifaz verá el estudiante, por ejemplo, una manera de ordenar el hipérbaton de *subductaque suos manes tellure...* etc., y encontrará una traducción aceptable de *subducta*: "entrebuelta". Pero no sé si valía la pena someter a semejante tratamiento los quince libros de las *Metamorfosis*.

Como era de esperarse, la intervención de Alatorre desató una pequeña polémica. En las memorias del coloquio, que acaban de publicarse (*Lenguaje y tradición en México*, El Colegio de Michoacán, 1989, 536 pp.) pueden leerse el largo y elogioso comentario de Juan Villoro, la réplica del latinizante Ignacio Osorio Romero y la contraréplica de Eloy Gómez Bravo. Y treinta y siete ponencias más, buenos ensayos algunas (así las de Evodio Escalante, Jean Meyer, Adolfo Castañón, Luis Fernando Lara, entre las que he leído).

A.A.